

CUARZOS

Sculpte, lime, cisèle,
Que ton rêve flottant
Se scelle
Dans le bloc résistant.

Th. GAUTIER.



PRÓLOGO

Á José Juan Tablada.

Uncioso amante de opulentós
Cofres cuajados de ornamentos,
Donde guardar mis pensamientos,

Vivi en el místico santuario
Del Arte, y mudo y solitario
Como paciente lapidario,

En las sortijas y diademas
Rimé sonetos y poemas
Con las estrofas de las gemas,

Puliendo joyas de oro fino
Para que ardiera mi divino
Sueño en esmalte peregrino.

Por su tersura y transparencia
Grabé en la clara refulgencia
De los diamantes mi paciencia.

Mi fe es el jaspe veteadó,
Y en el zafiro immaculado
Está mi anhelo cincelado.

Con el carbunclo que derrama
Su luz más roja que una llama
De mi amor digo la flama.

En la turquesa de agua pura
Ríe destellos mi ventura
Y llora el ónix mi amargura,

Y así, labrando en la faceta
De los cristales ó en la veta
De oro el ensueño del poeta,

Al pensamiento más sencillo
Le transmití pureza y brillo
Con los cinceles y el martillo.





SANTA TERESA

El misticismo de la celda : brilla
En la sombra el reflejo de la lámpara,
Oscilando como una moribunda
Pupila que se estrecha y se dilata.
Qué tristeza en la llama que agoniza,
Qué blancas las paredes de la estancia,
Qué implacable silencio de sepulcro
En la indecisa claridad. La Santa
Reposa sobre el lecho inmaculado,
El lecho que se eleva como un ara
En uno de los ángulos sombríos ;
Por su frente que han hecho mustia y pálida
Tanta meditación y tanto ayuno
Corre el sudor en transparentes lágrimas ;

Sus ojos siempre abiertos por el éxtasis
 Se entornan abatiendo sus pestañas ;
 En sus labios enjutos y apacibles
 Perfumados con mirras de plegarias
 Se despiertan los besos voluptuosos,
 Y sus brazos, más blancos que las sábanas,
 Queriendo rodear algo invisible,
 Se retuercen, se agitan y se enlazan.
 Sueña : sueña que el Cristo macilento,
 El cuerpo exangüe y celestial que ama,
 Sonríe tras su mueca de amargura,
 Que sus frescas heridas se restañan
 Y sus lívidos miembros se coloran
 Y se cierran las bocas de sus llagas ;
 Sueña que su mirada se ilumina
 Y del madero ignominioso baja
 Más radiante que un ángel y más bello
 Al lecho que se eleva como un ara,
 Y que mezclan y juntan sus alientos
 Y que sus cuerpos vírgenes se enlazan,
 Y que en un beso trémulo y sonoro
 Se confunden sus bocas invioladas.



TIBI, REGINA

Clamando á tu piedad en mi suplicio,
 Como en un claustro lloro en mi amargura,
 Hincándome las puntas de un cilicio
 De anhelo que me hiere y me tortura.

Tu solo nombre mi aficción modera,
 Y cuando á ti suspiro y en tí pienso,
 Perfuma mi aficción como si fuera
 Tu nombre un grano de oloroso incienso.

¿ Me verás con tus ojos soñadores,
 Y me darás tus manos bendecidas
 Cuando hayas comprendido mis dolores
 Y cuando hayas tocado mis heridas ?

Cuando hayas comprendido mis dolores
 Y cuando hayas tocado mis heridas,
 Me verás con tus ojos soñadores
 Y me darás tus manos bendecidas.

Eres la fuente que la sed apaga,
 Eres sombra apacible, eres frescura,
 Y para el corazón que es una llaga,
 Un bálsamo divino de ternura.

Mi amor fundir espera tus enojos,
 Y ya mi amor ha visto á la esperanza
 En el azul abismo de tus ojos
 Relucir como el signo de la alianza.

Y quiere tu bondad mi sufrimiento,
 Y ante tu solio mi pasión se inclina,
 Oye mi voz, alivia mi tormento,
Turris eburnea, stella matutina.



LA CANCIÓN DEL TROVERO

Á Luis G. Urbina.

Mis castillos he trocado por los lauros del trovero,
 Por la lira mis esmaltes y mis nobles oriflamas,
 Y en los blancos plenilunios, cual Vidal aventurero,
 He cantado los amores; soy el bardo de las damas.

Y el enojo de las damas he sufrido como Arnaldo,
 Cual Rudel he sorprendido las bellezas más adustas,
 Y pregona mi linaje la trompeta del heraldo
 En las iras del torneo y en las glorias de las justas.

El sentido he descifrado de los viejos armoriales,
 Y conozco la inocencia por la plata de las frentes,
 La virtud por las doradas cabelleras señoriales
 Y el candor por el armiño de los hombros transparentes.

Los sinoples agresivos de los ojos me han herido,
El azur de las ojeras me ha confiado sus secretos,
Y á los ojos verdioscuros mis rondeles he ofrecido
Y al azur de las ojeras he cantado mis sonetos.

En los gules de los labios abrevé mis ilusiones,
En los lises de los senos he guardado mis quimeras,
Y he rondado las ventanas adornadas de blasones
Sorprendiendo rostros blancos á través de las vidrieras.

En el mote de mi empresa preconizo mi bravura
Y en el puño de mi estoque mi blasón es un tesoro :
Un escudo, y como emblema de esperanza y de bravura
En su campo que es de sable reluciendo un fénix de oro.



LOS BESOS

Dame tus manos puras : una gema
Pondrá en cada falange transparente
Mi labio tembloroso, y en tu frente
Cincelaré una fúlgida diadema.

Tus ojos soñadores, donde trema
La ilusión, besaré amorosamente,
Y con tu boca rimará mi ardiente
Boca un anacreóntico poema.

Y en tu cuello escondido entre las gasas
Encenderé un collar, que con sus brásas
Queme tus hombros tibios y morenos,

Y cuando al desvestirte lo desates,
Caiga como una lluvia de granates
Calcinando los lirios de tus senos.



EL SONETO

Á Jesús E. Valenzuela.

Heraldo de su fama y donosura
Blasona el primer verso su llegada,
Y aparece en la liza engalanada
El Soneto ajustado en su armadura.

El generoso ardor de su montura
Contiene con la brida refrenada
Y acariciando el pomo de su espada
En los firmes estribos se asegura.

Bajo la luz del cielo esplendoroso
Excita con la espuela á su fogoso
Palafrén que se lanza á la carrera,

Y después de la lid muestra el valido
 Justador la hermosura de un garrido
 Príncipe al levantarse la visera.



LA LLUVIA

Rompe sus collares
 De aceradas cuentas
 La lluvia tediosa,
 Y en tristes cantares
 Y baladas lentas
 Mi fastidio glosa.

Sus finos cabellos
 Cuelgan en manojos
 De alambres sutiles,
 Y el dolor tras ellos,
 Húmedos los ojos
 Muestra sus perfiles.

Lúgubre, doliente,
 Mi fastidio lloras,
 Lluvia, lluvia vana,
 Y tediosamente
 Las triviales horas
 Tu rueca devana.

Finges con tus notas
 Querellas extrañas,
 Rezos conventuales,
 Y corren tus gotas
 Cual grises arañas
 Sobre los cristales.

Echado en la alfombra
 De oscuros florones
 El lebrél bosteza,
 Y su larga sombra
 En los corazones
 Tiende la tristeza.

Porfiado, porfiado,
 En la calle suena
 Tu repique lento,

Y su son cansado
 Traduce mi pena
 Y mi aburrimiento.





HACIA EL IDEAL

En los vagos ponientes de amatista
Han cansado sus ojos mis anhelos,
Como si la esperanza tras sus velos
Flotantes se escondiera de mi vista.

Infortunios de amor, ansias de artista
Me han herido, y en busca de consuelos
Han cansado sus ojos mis anhelos
En los vagos ponientes de amatista.

Ideal, me encamino á tu conquista,
Y mirando saludos de pañuelos

Y temblar peinadores de batista
 En los vagos ponientes de amatista
 Han cansado sus ojos mis anhelos.



LAS GOLONDRINAS

Una turba locuaz de golondrinas
 Atravesó rozando mi vidriera,
 Y vi cómo tembló la enredadera
 Al rumor de sus charlas argentinas.

Ya en el haz de las aguas cristalinas
 Va anunciando la alegre primavera
 Después de atravesar por mi vidriera
 La parvada locuaz de golondrinas.

Hoy escucho algazaras matutinas,
 Hoy vibro de placer, mas, ¿qué me espera

Mañana, cuando deje las ruinas
 La parvada locuaz de golondrinas
 Que atravesó rozando mi vidriera?



AUSENCIA

El corazón enfermo de tu ausencia
 Espira de dolor porque te has ido ;
 ¿ En dónde está tu rostro bendecido ?
 ¿ Qué sitios ilumina tu presencia ?

Ya mis males no alivia tu clemencia,
 Ya no dices ternuras á mi oído,
 Y espira de dolor porque te has ido
 El corazón enfermo de tu ausencia.

Es en vano que finja indiferencia,
 En balde busco el ala del olvido

Para calmar un poco mi dolencia,
Mi corazón enfermo de tu ausencia
Espira de dolor porque te has ido.



CANSANCIO

Una tupida nube, un denso manto
De olvido desvanece mi quebranto,

Y no me queda más de mi tormento
Que un triste y silencioso desaliento,

Que un cansancio que busca una almohada
Para apoyar su frente fatigada.

Una quieta y glacial convalecencia
Sucede á la agudez de mi dolencia,

Marca apenas mi frente ensombrecida
La cicatriz reciente de mi herida,

En los vagos crepúsculos ya empieza
Mi alma á divagarse en la tristeza,

Ya no me queda más de mi tormento
Que un triste y silencioso desaliento.

En las pálidas tardes miro al día
Recostarse en la incierta lejanía,

Columbra mi mirada en los caminos
Siluetas de cansados peregrinos,

Veo ramas caídas de saúces
Y espaldas fatigadas por sus cruces,

Me figuro mirar en las sabanas
Del desierto un cordón de caravanas

Escrutando los yermos arenales
En pos de hospitalarios palmerales,

El triste desaliento dondequiera
Vertiendo su sopor de adormidera,

Mi cansancio que busca una almohada
Para apoyar su frente fatigada.





LA BORDADORA

Á Manuel José Othón.

Acompañada por un lloroso
Susurro de hojas primaverales,
En su ventana del Norte umbroso
La lluvia tiende sus grises chales.

Con sus madejas de fina lana
Oculta el aire tenue y ligero,
Y en el cuadrado de tu ventana
Prende embutidos color de acero.

Entre las blondas de tu cortina
 Tu mano á ratos su dorso asoma,
 Mano luciente y alabastrina
 Como el plumaje de una paloma.

Tras el encaje brillante y fino
 Que forma el agua la aguja mueve,
 Y en tu pañuelo de blanco lino
 Dibuja flores color de nieve.

El ágil duende del aguacero
 Hiere los vidrios incomodado,
 Y hace que suene su pie ligero
 Como un martillo sobre el tejado.

Ya en los aleros perlas desgrana,
 Ya con las balas de sus granizos
 Mata en los tiestos de porcelana
 Las crisantemas de blondos rizos.

Vencida al cabo por sus intentos
 Dejas tu aguja que pinta flores,

Y vuelves todos tus pensamientos
 Á los jardines de los amores.

Atrincherado tras mi vidriera
 Yo un delicioso libro leía;
 Verlaine lleno de fe sincera
 Y quejumbrosa melancolía.

Y el mismo duende cabecicano
 De ojos lucientes de travesura
 Que con sus artes paró tu mano,
 Quitó los ojos de mi lectura.

Á ti tornados miré tu cuello,
 Las frescas rosas de tus mejillas,
 Y las guedejas de tu cabello
 Más relucientes que las gavillas.

Miré tus brazos tersos y flojos
 En tus rodillas abandonados,
 Y tus amantes y dulces ojos
 Por el arrobo transfigurados.

Al brillo entonces de un raudo sueño
 Pensé en las manos llenas de dones,
 En un semblante dulce y risueño
 Y en los bordados de los nipones,

Y deslumbrado por tu belleza
 Que más realzas con tu decoro,
 En el brocado de mi tristeza
 Bordé ilusiones color de oro.



AURORA

Entre un fragor de trueno pasó el desfile heroico :
 Chocaban los estoques, sonaban los tropeles,
 Flotaban las banderas, temblaban los laureles,
 Y bravos caballeros, todos de porte estoico,
 Pasaban y pasaban en rápidos corceles.

El aire estaba lleno de toques de clarines,
 De rojos estandartes y flámulas de raso,
 Y allá en la línea vaga y azul de los confines,
 En medio de las nubes violetas del ocaso
 Perdíanse los fieros y raudos paladines.